Meditaciones sobre la Pasión

S. Pedro de Alcántara



LAVATORIO DE PIES E INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Lavatorio de pies. Considera en esta cena a Jesús, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da levantándose de la mesa y lavando los pies a sus discípulos. ¡Oh buen Jesús! ¿qué es lo que haces? ¿por qué tanto se humilla tu Majestad? ¿Qué sentirías si vieras a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan gran mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas compungido ahora con este ejemplo? ¡Oh hermosas manos!, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos!, ¿cómo no tenéis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Oh apóstoles bienaventurados!, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces; por ventura, consentirás que el Señor de la Majestad te lave los pies?

Maravillado y atónito San Pedro, viendo al Señor arrodillado delante de sí, comenzó a decir: *¿Tú,*

Señor, lavarme los pies a mí? (*Jn* 13,6) ¿No eres tú Hijo de Dios vivo? ¿No eres Tú el creador del mundo, la hermosura del cielo, paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues Tú me quieres a mi lavar los pies? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza?

Considera también cómo, acabando de lavar los pies, los limpia con aquel sagrado lienzo que estaba ceñido y sube más arriba con los ojos del alma, y verás allí representado el Misterio de nuestra Redención. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los pies sucios, y así ellos quedaron limpios y el lienzo quedaría todo manchado y sucio después de hecho este oficio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido de Espíritu Santo? Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí todas

las manchas y fealdades de nuestra alma, y dejándolas limpias y libres de ellas, Él quedó (tal como lo ves) en la Cruz, mancillado y afeado con

ellas.

Después de esto, considera aquellas palabras con que dio fin el Salvador a esta historia, diciendo: *ejemplo os he dado, para que como Yo lo hice, así vosotros lo hagáis* (*Jn* 13,15). Estas palabras no sólo se han de referir a este paso y ejemplo de humildad, sino también a todas las obras y vida de Cristo, porque toda ella es un perfecto modelo de todas las virtudes.

Institución del Santísimo Sacramento. Para entender algo de este misterio, has de presuponer que ninguna lengua puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su Esposa la Iglesia; y, por consiguiente, a cada una de las almas que están en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Queriendo este Esposo dulcísimo partir de esta vida y ausentarse de su Esposa la Iglesia (para que esta ausencia no le fuese causa de olvido), no queriendo que entre Él y ella hubiese otra realidad que despertase su memoria, sino sólo Él. Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga dejar a su Esposa compañía, para que no se quedase sola; y le dejó la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, la mejor compañía que le podía

dejar. Quería también padecer muerte por su Esposa y redimirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y para que ella pudiese (cuando quisiera) gozar de este tesoro, le dejó las llaves del mismo en este Sacramento. Dice San Juan Crisóstomo: "todas las veces que nos llegamos a él, debemos pensar que llegamos a poner la boca en el costado de Cristo, y bebemos de aquella preciosa Sangre, y nos hacemos participantes de Él". Deseaba, este celestial Esposo, ser amado de su Esposa con gran amor y para esto ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado que quien dignamente lo recibe, inmediatamente es tocado y herido de este amor.

Quería también asegurar a su Esposa, y darle un anticipo de aquella bienaventurada herencia de gloria, para que con la esperanza de este bien pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas de esta vida.

Pues para que la Esposa tuviese cierta y segura la esperanza de este bien, le dejó acá en prendas este inefable tesoro que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase, que se le dará

Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también a la hora de su muerte hacer testamento y dejar a su Esposa algún regalo para su remedio, y le dejó este, que era el más precioso y provechoso que le pudiera dejar, pues en él se deja a Dios. Quería, finalmente dejar a nuestras almas suficiente provisión y mantenimiento con que vivir, pues el alma no tiene menor necesidad de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto ordenó este tan sabio Médico (el cual también tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este Sacramento, y por eso lo ordena en especie de alimento, para que la misma especie en que instituyó nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras almas tenían de él, no menor que la que los cuerpos tienen de su propio manjar.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO. LA ENTREGA. EN CASA DE ANÁS

Puesto en presencia de Dios, después de ofrecerle

todos tus pensamientos, deseos e intenciones para su gloria, recuerda los pasos de la pasión que vas a meditar: la oración en el huerto (cf. *Lc* 22,39-46), la entrega (cf. *Lc* 22,47-53) y en casa de Anás (cf. *Jn* 1919-24).

La oración del huerto. Considera primeramente cómo acabada aquella misteriosa Cena, se fue el Señor con sus discípulos al monte de los Olivos a hacer oración antes que entrase en la batalla de su pasión. Así nos enseña cómo en todos los trabajos y tentaciones de esta vida debemos siempre recurrir a la oración como a una sagrada áncora. De este modo o nos será quitada la carga de la tribulación, o se nos darán fuerzas para llevarla, lo cual es una gracia mayor. Para compañía de este camino tomó consigo

aquellos tres amados discípulos: San Pedro, Santiago y San Juan (cf. *Mt* 26,37), los cuales habían sido testigos de su gloriosa Transfiguración (cf. *Lc* 9,28-36), para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Para que entendiesen que no

eran menores los trabajos interiores de su alma que los de fuera, les dijo aquellas tan dolorosas palabras: *Triste está mi alma hasta la muerte. Esperadme aquí, y velad conmigo* (*Mt* 26,37). Acabadas estas palabras, se apartó el Señor de los discípulos como un tiro de piedra, y postrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oración diciendo: *Padre, si es posible, haz que pase de mí este cáliz; mas no se haga como Yo lo quiero, sino como lo quieres Tú* (*Mt* 26,39). Y hecha esta oración tres veces, a la tercera fue tan grande su agonía, que comenzó a sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado Cuerpo hilo por hilo hasta caer en tierra.

Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo se le representan en su mente todos los tormentos que iba a padecer, todos los crueles dolores preparados para el más delicado de los cuerpos. Veía también en su mente todos los pecados del mundo por los cuales padecía, y el desagradecimiento de tantas personas, que no reconocerían este beneficio, ni se aprovecharían de tan grande y costoso remedio. Su alma estaba tan angustiada, y sus sentimientos y carne tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su

cuerpo se destemplaron y, la carne bendita se abrió por todas partes y dio lugar a la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola redundancia padecía esos dolores, estaba así ¿cómo estaría su alma que padecía directamente esos dolores?

La entrega. Mira después cómo, acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, habiendo renunciado ya al oficio de Apóstol, se convierte en guía y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegando al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. En aquella hora dijo el Señor a los que le venían a prender: *Así como a ladrón salisteis a Mi con espadas y palos; y habiendo Yo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos en Mí; más ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas* (*Mt* 27,55). ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecado, sino también de condenado? *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*. De estas palabras se saca que en aquella hora fue entregado el Cordero inocente en poder de los

príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus ministros ejecutasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Piensa ahora hasta dónde se abajó aquella Alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es a ser entregado en poder de los demonios. Y esto porque la pena que tus pecados merecían era ésa. Él voluntariamente quiso ponerse en esta situación para que tú quedases libre de ella.

Dichas estas palabras arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos contra aquel manso Cordero, y unos lo arrebatan por una parte, otros por otra, cada uno como podía. ¡Oh, cuán inhumanamente le tratarían, cuántas descortesías le dirían, cuántos golpes y estirones le darían, qué de gritos y golpes alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas santas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y las atan muy fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle la piel de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre. Así lo llevan atado por las calles públicas, con gran ignominia. Míralo muy bien, va desamparado de sus discípulos, acompañado de

sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada y el rostro ya encendido y sonrosado con la prisa del caminar. Contempla en tan mal trato a su Persona, la mesura en el rostro, la gravedad en sus ojos y aquel semblante divino que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser oscurecido.

En casa de Anás. Luego puedes ir con el Señor a la casa de Anás, y mira cómo allí, el Señor respondiendo cortésmente a la pregunta que el Pontífice

le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados, que estaban presentes, dio una gran bofetada en su rostro, diciendo *¿Así has de responder al Pontífice?* (*Jn* 18,22). Al cual el Salvador, benignamente, respondió: *Si mal hablé, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?* Mira no solamente la mansedumbre de esta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, aquellos ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta y su alma santísima en lo interior tan humilde y aparejada para poner la otra mejilla si el verdugo lo demandara.

EL SEÑOR ANTE CAIFÁS. DIFICULTADES DE AQUELLA NOCHE. NEGACIONES DE PEDRO. LOS AZOTES ATADO A LA COLUMNA

Después de ponerte en presencia de Dios, usa tu imaginación. Imagina que Jesús está delante de ti. Pídele la gracia de aprovechar este momento de oración. Usa tu entendimiento para penetrar en los siguientes pasos de la Pasión: el Señor ante Caifás (cf. *Mt* 26,57-68), las dificultades de aquella noche (cf. *Lc* 22,63-65), la negación de Pedro (cf. *Lc* 22,54-62) y los azotes que recibió atado a la columna (cf. *Mt* 27,24-26).

El Señor ante Caifás. Considera cómo de la casa de Anás llevan al Señor a la del Pontífice Caifás, ahí verás eclipsado el sol de justicia y escupido aquel divino rostro que desean mirar los ángeles. El Salvador, siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondió a esta pregunta lo que convenía, aquellos que tan indignos eran de tan alta grande luz se volvieron contra él como perros rabiosos y allí descargaron todas sus iras y rabias. Allí todos a porfía le dan bofetadas y

golpes. Allí le cubren los ojos con un paño, dándole bofetadas en la cara, y juegan con él, diciendo: *¡Adivina quién te pegó!* ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Era ese un Rostro para escupir en él? Los hombres, cuando quieren escupir, suelen volver la cara al rincón más despreciado ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más

despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tú que eres tierra y ceniza?

Dificultades de aquella noche. Después de esto, considera los trabajos que el Salvador pasó toda la dolorosa noche. Los soldados que lo guardaban escarnecían de Él, como dice san Lucas, y para vencer el sueño de la noche se burlaban y jugaban con el Señor de la Majestad. Mira cómo tu dulcísimo Esposo está puesto como blanco de tantos golpes y bofetadas, que allí le daban. ¡Oh noche desasosegada, en la cual, mi buen Jesús, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fue ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del

día descansasen. Esta noche la emplean ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu alma, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en Ti penasen y trabajasen. ¡Qué maitines tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allá dicen: *Santo Santo*; acá dicen muera, muera: *crucifícalo*, *crucifícalo*. ¡Oh ángeles del paraíso, que oís unas y otras voces! ¿qué sentíais viendo tan mal tratado en la tierra Aquel a quien vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíais viendo que Dios tales cosas padecía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién puede imaginar mayor caridad, que padecer uno la muerte por librar de la muerte al mismo que se la da?

La negación de Pedro. Crecieron los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de San Pedro. Aquel amigo tan familiar, aquel escogido para ver la gloria de la Transfiguración, aquel honrado entre todos con el principado de la Iglesia. Ese primero que todos, no una, sino tres veces, en

presencia del mismo Señor, jura y perjura que no le conoce, ni sabe quién es. Pedro, ¿tan mal hombre es ese que ahí está que tienes por gran vergüenza aun el haberlo conocido? Mira que eso es condenarle tú primero que los Pontífices, pues das a entender que Él es una persona tal, que tú

mismo te deshonras de conocerlo. ¿Pues qué mayor injuria puede ser que ésa? *se volvió entonces el Salvador, y miró a Pedro* (*Lc* 22,61). Los ojos del Buen Pastor miran aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh mirada silenciosa grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje, y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo. Las lágrimas de Pedro no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de aquella mirada de Cristo.

Los azotes, atado a la columna. Después de todas estas injurias considera los azotes que el Salvador padeció a la columna. El juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó hacer en Él un famoso castigo que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan

crueles corazones, para que, contentos con esto, dejasen de pedirle la muerte. Entra, con tu mente y tu corazón en el Pretorio de Pilatos, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad. Cómo Él se deja desnudar de ellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra a tantas descortesías como allí le herían. Mira cómo luego atan aquel santo cuerpo a una columna para que así lo pudiesen herir a su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba el Señor de los Ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos, ni valedores que hiciesen por Él, ni aún siquiera ojos que se compadeciesen de Él. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas y heridas sobre heridas. Allí verás al Sacratísimo Cuerpo cubrirse de heridas, rasgada la piel, derramando su sangre y corriendo a hilos por todas partes. Recuerda que los romanos ataban huesos o plomo al extremo de los látigos, para arrancar la carne de sus víctimas.

Considera luego, acabados los azotes, cómo el Señor se cubriría, y cómo andaría por todo aquel Pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese, ni ayudase, ni proveyese de ningún lavatorio, ni refrigerio de los que se suelen dar a los que así quedan llagados. Todas estas son cosas dignas de grande sentimiento, agradecimiento y consideración.

CORONACIÓN DE ESPINAS. ECCE HOMO. CON LA CRUZ A CUESTAS

Recuerda que si encuentras gusto, luz y fruto en alguna de las verdades en que meditas, en algún paso de la Pasión, no sigas adelante, sino aprovecha este momento al modo como las abejas no dejan la flor hasta que sacan todo el néctar. Los pasos en que puedes meditar hoy son: la coronación de espinas (cf. *Mc* 15,16-20), el *ecce Homo* (cf. *Jn* 18,1-7), Jesús con la cruz a cuestas (cf. *Jn* 19,17) y la Virgen que sale al encuentro de su Hijo.

La coronación. A la consideración de estos pasos tan dolorosos nos convida la Esposa en el libro de los Cantares, por medio de estas palabras: *Salid,*

hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón (*Cant* 3,11). Abre tus ojos y mira esta escena tan dolorosa. ¿No bastaron, Señor, los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza a quien los azotes perdonaron? Recuerda la imagen que antes tenía este Señor, y la excelencia de sus virtudes. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Luego vuelve a mirar de la manera que aquí está: cubierto de aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema de espinas en la cabeza. Aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada por las salivas, que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo de dentro y de fuera, el

corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey

inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano. No pienses en esto como cosa ya pasada, sino como algo presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. Ponte tú mismo en el lugar del que padece, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos ¿y qué digo espinas?, una sola punzada de un alfiler apenas la podrías sufrir ¿Pues qué sentiría aquella delicadísima cabeza con tal género de tormentos?

He aquí el Hombre. Acabada la coronación y escarnios del Salvador, lo tomó el juez por la mano, así como estaba tan mal tratado, y lo sacan a la vista del pueblo furioso. Les dijo: *Ecce Homo* (*Jn* 19,5). Como si dijera: si por envidia le procurabais la muerte, lo veis aquí tal que no está para tenerle envidia, sino lástima. Temíais no se hiciese Rey, lo veis aquí tan desfigurado, que apenas parece un hombre. De estas manos atadas, ¿qué teméis? A este hombre azotado, ¿que más le demandáis?

Por aquí puedes entender, de qué modo estaría el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía para quebrantar el corazón de tales

enemigos. En lo cual puedes bien entender la crueldad de un cristiano que no tiene compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban (según el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones.

Cargado con la Cruz. Pues como Pilatos viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santísimo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el Pretorio, y se sentó en el tribunal para dar sentencia final en aquella causa. Ya estaba a las puertas aparejada la Cruz, ya asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando a la cabeza del Salvador. Dada, pues, ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad a otra, que fue cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes pasados, el madero de

la Cruz. El Señor no rehusó esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos. Le sigue mucha gente y muchas

piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañan. ¿Quién no derramará lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso a paso con aquella carga tan pesada, temblándole las rodillas, inclinando el cuerpo, los ojos desmesurados, el rostro sangriento con aquella corona en la cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él?

La Virgen Madre al encuentro del Hijo. Aparta ahora un poco tus ojos de este cruel espectáculo, y con ojos llorosos mira a la Virgen. Postrado a sus pies comienza a decirle con dolorosa voz: "¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de la limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! Ay de mí Señora mía, ¡para qué se ha guardado mi vista para esta hora! ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que ve? ¿Para qué son más palabras? Dejo a tu Unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una Cruz a cuestas para ser en ella ajusticiado."

¿Qué corazón puede entender hasta dónde llegó el dolor de la Virgen? Desfalleció aquí su alma, y se le cubrió la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que hubiesen bastado para terminar con su vida, si la providencia divina no la hubiese guardado para mayor trabajo, y también para mayor corona.

Camina la Virgen en busca del Hijo. Oye desde lejos el ruido de las armas, el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas

y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Se acerca más y más a su amado Hijo. Tiende sus ojos oscurecidos con el dolor y sombra de la muerte, para ver al que tanto amaba su alma. Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llega donde lo pude ver, se miran aquellas dos lumbreras del cielo una a otra, y se atraviesan sus corazones con los ojos y hieren con su vista sus corazones lastimados. Las lenguas estaban enmudecidas, mas el corazón

de la Madre hablaba, y el Hijo dulcísimo le decía: *¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos me atormentan. Vuélvete, Madre mía, vuélvete a tu posada, que no pertenece a tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones*.

Escucha en el silencio de tu corazón el lenguaje de estas miradas, las del Hijo y las de la Madre. Camina con ellos aquel trabajoso camino hasta el lugar de la Cruz.

DESPOJO DE LAS VESTIDURAS. CRISTO EN CRUZ. LAS 7 PALABRAS

La meditación de la Pasión de Cristo causa buenos sentimientos en tu voluntad y en la parte afectiva de tu alma: el amor a Dios, el deseo de la salvación propia y de los demás, la compasión, la misericordia, la confianza en Dios, el arrepentimiento de tus pecados... Pero hay que tratar que esos sentimientos y afectos, se vayan concretando en propósitos y resoluciones. Así por ejemplo la primera palabra de Cristo en la cruz te animará a perdonar a tus enemigos, a amarlos, etc.

De este modo te puedes ir corrigiendo rápidamente. Pero si sólo te contentas con los sentimientos y afectos, sin resolverte a practicarlos, quizás puedas corregirte, pero será con gran dificultad y después de muchísimo tiempo.

Detiene tu mente y tus afectos en: el despojo de las vestiduras (cf. *Jn* 19,23-24), Cristo en la Cruz (cf. *Mc* 14,23-32) y sus siete últimas palabras.

Despojo de las vestiduras. Comienza a pensar en el Misterio de la santa Cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado. Mira primeramente cómo, llegado ya el Salvador a este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese más vergonzosa su muerte) lo desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto a bajo, sin costura alguna. Mira con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así lo trataban. Antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras, y quedar a la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con las hojas de higuera la desnudez en que por el pecado caímos.

Dicen algunos doctores que, para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza y, después de ya desnudo, se la volvieron a poner, y a hincarle otra vez las espinas por el cerebro, que sería cosa de grandísimo dolor. Es de creer que usaran de esta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con Él en todo el proceso de su Pasión, teniendo en cuenta lo dicho por el Evangelista que hicieron con Él todo lo que quisieron. Y como la túnica estaba pegada a las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos a la piedad aquellos malvados), se la despegan de golpe y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que el santo Cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado, y hecho todo una grande llaga, que por todas partes manaba sangre.

Considera la alteza de divina bondad y misericordia que en este Misterio tan claramente resplandece. Mira cómo Aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, aquí es despojado de

todas sus vestiduras. Considera el frío que padecería aquel santo Cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no sólo de sus vestiduras, sino también de los cueros de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo él. Y si estando San Pedro vestido y calzado la noche antes padecía frío, ¿cuánto mayor lo padecería aquel Cuerpo estando tan llagado y desnudo?

Cristo en Cruz. Después de esto considera cómo el Señor fue enclavado en la Cruz, y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y punzantes entraban por las más sensibles y más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Mira también lo que la Virgen sentiría al ver con sus ojos y oír con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinos tan a menudo caían. Verdaderamente aquellas martilladas y clavos al Hijo traspasaban las manos, mas a la Madre herían el corazón.

Mira cómo luego levantaron la Cruz en alto y la fueron a hincar en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo (según eran crueles los ministros) al tiempo de asentar, la dejaron caer de golpe. Así se estremecería todo aquel santo Cuerpo en el aire y

se rasgarían más los agujeros de los clavos, que sería cosa de intolerable dolor.

Salvador y Redentor mío, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partieron las piedras) considerando lo que padeces en esta cruz? Te cercaron, Señor, los dolores de muerte, y todos los vientos y olas del mar han envestido sobre Ti. El Padre te ha desamparado, ¿Señor, qué esperas de los hombres? Los enemigos te gritan, los amigos te quiebran el corazón, tu alma está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Rey mío, te veo cosido con un madero. No hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los pies, se desgarran las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados; cuando la

cargas sobre las manos, se desgarran las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la santa cabeza, atormentada y enflaquecida con la corona de espinas ¿qué almohada la sostendría? ¡Oh cuán

bien empleados fueron antes vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio, mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la Cruz! Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que de ello recibirá será hincarse más las espinas por el cerebro.

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón sacrificado de dentro, que el sagrado Cuerpo lo estaba de fuera. En este día, dos cruces hay para Ti, ¡oh buen Jesús!: una para tu cuerpo y otra para el alma; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el Cuerpo con los clavos de hierro, y la otra tu alma santísima con clavos de dolor. ¿Quién podría expresar lo que sentías cuando declarabas las angustias de aquella alma santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en la Cruz? Veías aquel piadoso corazón de tu Madre traspasado y atravesado con el cuchillo del dolor. Tenías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte. Ven aquellas angustias de su alma y aquellos ríos de lágrimas, que salían de sus purísimos ojos. Oías los gemidos, que se arrancaban de aquel sagrado pecho exprimidos con peso de tan gran dolor.

Las siete palabras. Después de esto, puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la Cruz. De las cuales la primera fue *Padre, perdona a estos, que no saben lo que hacen* (*Lc* 23,34). Mira pues con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre. Así nos encomienda la caridad con nuestros enemigos.

La segunda al ladrón: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (*Lc* 23,43). Mira con cuánta misericordia recibió al Ladrón que le confesaba. Aprende la misericordia con los pecadores.

La tercera a su Madre Santísima: *Mujer, he ahí a tu hijo* (*Jn* 19,26). Piensa con qué entrañas encomendó a la piadosa Madre el amado discípulo. Imita su piedad para con tus padres.

La cuarta: *Tengo sed* (*Jn* 19,28). Piensa con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salvación de los hombres. Toma ejemplo del deseo de salvar al prójimo.

La quinta: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (*Mt* 28,46). Contempla con cuán dolorosa voz derramó su oración ante su Padre. Aprende a orar en las tribulaciones y desamparos de Dios.

La sexta: *Todo está consumado* (*Jn* 19,30). Medita cómo llevó hasta el final tan perfectamente su obediencia al Padre. Imita su obediencia y perseverancia hasta el final.

La séptima: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (*Lc* 23,46). Mira cómo encomienda su espíritu y se resigna totalmente en las manos de su Padre. Nos da ejemplo de perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

LANZADA DEL COSTADO. DESCENDIMIENTO. LLANTO DE NUESTRA SEÑORA. LA SEPULTURA

Siempre al terminar la meditación, ten un diálogo (o coloquio) con Cristo, con la Virgen... Háblales como un hijo habla a su padre, como un amigo con su mejor amigo. Esto lo puedes hacer no sólo al

finalizar la meditación, sino desde el principio. Insiste pidiendo al Señor la gracia que necesitas. Sobre cada uno de los misterios de la Pasión, puedes detenerte en los que más luz te dieron, o más dificultad encontraste para meditar.

Recuerda ahora los pasos que vas a meditar: la herida del costado (cf. *Jn* 19,31-37), el descendimiento de la cruz, el llanto de la Madre y la sepultura (cf. *Jn* 19,38-42).

La lanzada. Considera cómo habiendo ya expirado el Salvador en la Cruz, y cumplido el deseo de aquellos crueles enemigos, que tanto deseaban verlo muerto, aun después de esto no se apagó la llama de su furor, porque se quisieron vengar y encarnizar en aquellas Santas Reliquias que quedaron, partiendo y echando suertes sobre sus vestiduras y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel. ¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro, y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo que no le queréis perdonar aun después de muerto! ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante de sí? ¡Alzad un poco esos

crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte, que aunque seáis más duros que el hierro y que el diamante y que viéndolos vosotros mismos os amansaréis!

Llega pues, el ministro con la lanza en la mano, y le atraviesa con gran fuerza por el pecho desnudo del Salvador. Se estremeció la Cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió allí agua y sangre, con que se sanan los pecados del mundo. ¡Oh herida del costado de Cristo! Eres río que sales del Paraíso y riegas con tus corrientes toda la redondez de la tierra. Llaga del costado precioso, hecha más por amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel. Eres puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de los peregrinos, nido de palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón. ¡Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los corazones devotos; herida que hieres las almas de los justos; rosa de inefable hermosura; rubí de precio inestimable; entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

El descenso. Después de esto considera cómo aquel mismo día en la tarde llegaron aquellos dos santos varones José y Nicodemo y arrimadas sus escaleras a la Cruz, descendieron en brazos el cuerpo del Salvador. Cómo la Virgen vio que, acabada ya la tormenta de la pasión, llegaba el sagrado Cuerpo a tierra, ella se prepara para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la Cruz en los suyos. Pide con gran humildad a aquella noble gente, ya que no se había despedido de su Hijo, ni recibido de Él los postreros abrazos en la Cruz al tiempo de su partida, que la dejen ahora llegar a Él y no le aumenten su desconsuelo. Si los enemigos se lo habían quitado cuando estaba vivo, ahora no quería que los amigos se lo quiten muerto.

Llanto. Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen; llorad cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Se abraza la Madre con el cuerpo despedazado, lo aprieta fuertemente en sus pechos (para sólo esto le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas

de la sagrada cabeza, junta rostro con rostro, se tiñe la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y se riega la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Acaso es ése vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? ¿Qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirabais? Lloraron todos los que estaban presentes; lloraban aquellas santas mujeres, aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra y todas las criaturas, acompañaban las lágrimas de la Virgen.

Lloraba Juan, el santo evangelista, y, abrazado con el cuerpo de su Maestro decía: ¡Oh Maestro bueno y Señor mío! ¿A quién iré con mis dudas? ¿En qué pechos descansaré? ¿Quién me dará parte en los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? Anoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel grande beneficio

teniéndote en los míos muerto? ¿Es éste el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Esta es aquella figura más clara que el sol de medio día?

Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador decía. ¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi alma!, si me viera cargada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas!, ¿Quién me diese ahora que yo muriese contigo? ¡Oh vida de mi alma!, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraban y lamentaban toda aquella compañía, regando y lavando con lágrimas el Cuerpo sagrado.

La sepultura. Llegaba, pues, ya la hora de la sepultura, envuelven el santo Cuerpo en una sábana limpia, atan a su rostro un sudario y, puesto encima de un lecho, caminan con Él al lugar del monumento. Allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa y el corazón de la Madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despidió otra vez de su Hijo. Allí comienza de nuevo a sentir su soledad. Allí se ve ya desposeída de todo su bien. Allí se le queda el corazón sepultado donde quedaba su tesoro.